TEATRO ANTIGUO Y MODERNO

STRINDBERG

PADRE

Carlos-Costa

DRAMA

1 pta.

PADRE



Imprenta de F. Badía, Dou 14, Barcelona.

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO - Vol. XXX

STRINDBERG

PADRE

DRAMA EN TRES ACTOS

VERSIÓN CASTELLANA

DE

CARLOS COSTA y JOSÉ M.ª JORDÁ



LIBRERIA DE ANTONIO LÓPEZ, EDITOR.–RAMBLA DEL CENTRO, 20.—BARCELONA: : : : : : : : 1905.

Carta de Emilio Zola á
Augusto Strindberg

Querido colega:

He de pedirle ante todo mil perdones por mi largo silencio. ¡Pero si V. supiera que vida es la mia! ¡qué de trabajo y de preocupaciones! No queria devolverle su manuscrito sin haberlo leido y he hallado finalmente el tiempo necesario para ello.

Su drama me ha interesado extraordinariamente. La idea filosófica es muy atrevida, y los personajes estàn trazados con enérgica audácia. De las dudas acerca de la paternidad ha sabido V. sacar efectos potentísimos, inquietantes. Su «Laura» es verdaderamente el prototipo de la mujer, con su orgullo, su inconciencia, y el misterio

de sus cualidades y el de sus defectos. Es un tipo que no podré olvidar en mucho tiempo.

Ha escrito V., en suma, una obra curiosa é interesante donde se hallan, especialmente hacia el fin, hermosísimas cosas. Ya sabe V. sin duda que soy poco amante de las abstracciones y que gusto de que todos los personajes de una obra posean un estado civil completo, que se codeen con nosotros, que respiren en nuestra atmósfera. Su «Capitán» y los demás personajes de su drama no logran darme por su excesivo razonar la acusación completa de la vida que yo quisiera. Indudablemente este desacuerdo entre V. y yo se debe á una cuestión de raza. De todos modos, le repito que tal como es su drama, es una de las obras que me han conmovido más profundamente.

Cuente V. con mis mayores afectos y créame su atento compañero.

EMILIO ZOLA

PADRE

PERSONAJES

ALBERTO.

EL PASTOR.

EL DOCTOR.

LAURA, (esposa de Alberto.)

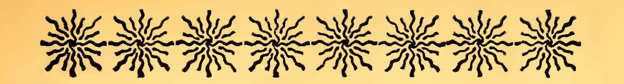
BERTA, (hija de Alberto.)

MARGARITA, (nodriza.)

PEDRO.

UN ORDENANZA.

La acción se desarrolla en una casa de campo situada en las inmediaciones de Stokolmo. Época actual.



ACTO PRIMERO

Salón en casa de Alberto. Puerta en el fondo y á la izquierda. Otra puerta escusada á la derecha. En mitad del salón una mesa redonda con periódicos y revistas. A la derecha un sofá y otra mesa. A la izquierda un gran *secretaire* antiguo En las paredes panoplias, cuadros y utensilios de caza.

ESCENA PRIMERA

ALBERTO y EL PASTOR, sentados en el sofá, y despues un ORDENANZA.—Alberto toca un timbre y aparece el Ordenanza

ORDENANZA.—¡Presente, mi capitán! ¿Manda usted algo?

ALBERTO.—¿Está Pedro por ahí?

ORDENANZA —Está en la cocina, mi capitán.

ALBERTO —¡Siempre en la cocina! Dile que venga al instante.

ORDENANZA.—Enseguida. *(Sale.)*

PASTOR.—¿Ocurre algo desagradable?

ALBERTO.—No. Una nueva calaverada del asistente. Y el tunante no deja en paz ni un momento á las muchachas.

PASTOR.—No me extraña. Siempre ha hecho lo mismo.

ALBERTO.—Sería muy oportuno que le sermoneases un poco. Yo nada puedo conseguir, ni dándole de palos.

PASTOR.—Pues menos he de conseguir yo. Las

palabras virtuosas del pastor no ejercen sobre él ninguna influencia. Lo sabes de sobra.

ALBERTO.—Ciertamente, pero deberías intentarlo.

ESCENA II

Los mismos y PEDRO.

ALBERTO.—Acércate, buena pieza. ¿Qué ha pasado? ¿Te has propuesto que reciba todos los días nuevas quejas de ti?

PEDRO —¡Mi capitán!...

ALBERTO.—Dí, francamente, de qué se trata...

PEDRO.—No me atrevo en presencia del señor Pastor...

PASTOR.—Habla con sinceridad, hijo mío...

ALBERTO.—¿Tan grave es lo que has de contar?

PEDRO.—No, mi capitán Si es una tontería... y perdone el señor Postor... Es una historia vieja de una noche que pasamos en casa de Gabriel... Bailamos como locos... y aquel diablo de Julio...

ALBERTO.—Déjate de digresiones y al grano.

PEDRO.—¡Bueno! Pues es el caso que Enriqueta se empeñó en que nos fuéramos al bosque...

ALBERTO.—¿Vas á pretender ahora que Enriqueta quiso seducirte?...

PEDRO.—Yo no digo eso mi capitán, pero usted sabe mejor que yo que sin la buena voluntad de la mujer nada se consigue...

ALBERTO.—¡Acabemos! ¿Eres ó no el padre del chiquillo?

PEDRO.—¿Qué se yo?

ALBERTO —¿Cómo que no lo sabes?

PEDRO —Es difícil en semejantes casos tener la certeza...

ALBERTO.—Enriqueta era una buena muchacha...

PEDRO.—Otros muchos la galanteeban también. Julio anduvo mucho tiempo detras de ella .

ALBERTO —¿Y quieres cargar ahora sobre Julio la responsabilidad?

PEDRO.—No señor... Pero...

ALBERTO.—Pero ¿tú prometiste á Enriqueta que te casarías con el a...?

PEDRO.—Son cosas que se prometen siempre y que se cumplen pocas veces...

ALBERTO.—¡Has visto mayor cinismo!...

PASTOR —*(Con dulzura.)* Escucha, hijo mío... No debes dejar abandonada á la infeliz muchacha á quien has engañado. Y tú debes saber si eres ó no el padre de la criatura...

PEDRO.—Si no niego mis relaciones con Enriqueta, señor Pastor. Pero otros también pueden haber incurrido en responsabilidad...

PASTOR.—Aunque sea cierto lo que supones de esa chica, no está bien lo que haces, hijo mio .. No podemos obligarte á que la tomes por esposa, pero tienes el deber de reconocer á su hijo...

PEDRO.—Pero, señor Pastor ..

ALBERTO.—¡Basta! Será preciso que resuelvan los tribunales, porque voy viendo que con este desvergonzado nada lograremos..... ¡Puedes marcharte!

PASTOR.—Oye un instante... ¿Te parece posible que haya un hombre honrado que abandone á la mujer que ha seducido y al fruto de sus amores? ¿No te remuerde la conciencia?

PEDRO —Tendría usted razón, señor Pastor, si tuviese la seguridad de que yo soy el padre

del chiquillo... En cambio sería muy triste que tuviese yo que pasarme la vida trabajando como un esclavo para mantener á un hijo de los demás...

Alberto.—¡Basta! Y largo de aquí enseguida. *(Sale Pedro.)*

ESCENA III

Los mismos, menos PEDRO.

Alberto.—¡Vaya una manera de sermonear la tuya!

Pastor.—¿Qué más querías que le dijese?

Alberto.—Qué se yo .. Debiste procurar conmoverle.

Pastor.—Francamente, son cuestiones muy delicadas. Es indudable que la mujer es digna de compasión, pero también lo es el hombre, admitiendo que no sea el padre.

Alberto.—Es cierto y no quisiera ser juez en este litigio. No se sabe á punto fijo si el hombre ha delinquido: lo único que puede afirmarse es que la mujer ha pecado. Ya he soltado la palabra ¡pecado!

Pastor.—«No juzgueis á los demás si no queréis ser juzgados.» Pero, dejando á un lado este incidente desagradable, volvamos á nuestra primitiva conversación. ¿Tratábamos, creo, de la primera comunión de Berta?

Alberto.—No precisamente de su primera comunión, sino de su educación moral. Cada una de las mujeres de esta casa quiere educar á mi hija según sus particulares ideas. Mi suegra quiere que sea espiritista; mi mujer quiere dedicarla al arte; la institutriz, naturalmente, pretende encaminarla hacia el evangelismo, y mi vieja nodriza se empeña en que sea católica. Imaginate con seme-

jantes elementos si es posible formar el espíritu de Berta. De ahí mi resolución de llevarla conmigo, alejándola temporalmente de esta casa.

PASTOR.—Tienes razón. En tu casa hay demasiadas mujeres.

ALBERTO.—No tienes idea de mi contínua tortura. Me parece estar en una jaula de fieras: en cuanto soltase el látigo me despedazarían sin compasión. Dichoso tu que estás como el pez en el agua... ¡No te rías que alguna culpa te alcanza!

PASTOR.—¿A mi?

ALBERTO.—Si, á tí, que al casarme con tu hermana me hiciste el valioso regalo de la suegra.

PASTOR.—Es una receta infalible para la felicidad doméstica tener lejos á la suegra.

ALBERTO.—¡Claro! Y por este motivo me la endosaste.

PASTOR.—Cada cual lleva la cruz que le señala la voluntad de Dios.

ALBERTO.—Cierto; pero la mía pesa demasiado. Hasta mi nodriza, que es una buena mujer, resulta intolerable sin que se de cuenta de ello. Si se atreviese volvería á ponerme los andadores.

PASTOR.—Para tu própia tranquilidad debes procurar atar corto á las mujeres de tu casa.

ALBERTO.—Cosa muy fácil de aconsejar, pero ¿cómo se pone en práctica el remedio?

PASTOR.—A decir verdad, Laura siempre ha sido algo dominadora.

ALBERTO.—Laura tiene buenas y malas cualidades; pero ésta no es la peor.

PASTOR.—Convengamos en que no eres descontentadizo. Yo la conozco más á fondo...

ALBERTO.—Recibió educación sentimental,

que la ha impedido acostumbrarse, súbitamente, al manejo de una casa.... Pero al fin y al cabo es mi mujer...

PASTOR.—Lo cual hace desaparecer á tus ojos todos sus defectos.

ALBERTO.—Y mientras tanto en casa todo va manga por hombro. Laura no quiere separarse de Berta, y yo no puedo tolerar que permanezca mi hija en una casa de orates.

PASTOR.—¡Mal vamos! Te aconsejo que no te opongas á la voluntad de tu mujer, si quieres vivir tranquilo. No tienes idea del caracter violento y voluntarioso de Laura Ya de niña hubiera sido capaz hasta de suicidarse, para imponer sus caprichos. Y lo curioso del caso es que una vez conseguida la victoria á todo se amolda porque su único objetivo era imponer su voluntad.

ALBERTO —Pues también ahora sufre crisis de obstinación tan violentas que alcanzan á veces caracter de enfermedad.

PASTOR —¿Cuáles son tus proyectos respecto á tu hija, para buscar una fórmula de arreglo?

ALBERTO.—No pretendo dedicar á Berta á los estudios superiores de mi predilección, ni hacer de ella una mujer prodigiosamente instruída que soportaría malamente las amarguras de la vida si tuviese que permanecer soltera. Tampoco quiero darle educación masculina hasta el extremo de que el futuro marido, en lugar de una mujer se encontrase con un funcionario público, un artista ó un médico.

PASTOR.—¿Cuál es, pues, tu intención?

ALBERTO.—Deseo que Berta, que no tiene dote ni es probable que le tenga, reciba la instrucción y educación necesaria para ejercer de institutriz. La vida es dura, como

tú sabes, y es necesario estar prevenido para luchar. Si continúa soltera podrá ganarse honradamente la vida, y si se casa utilizará la instrucción recibida para educar á sus hijos. ¿Es razonable lo que digo?

PASTOR.—Sí. Pero ¿no será violentar la vocación de la muchacha, dadas sus disposiciones para la pintura?

ALBERTO.—No lo creas. He mostrado algunos apuntes de Berta á un artista eminente y no ha sabido ver en ellos nada extraordinario. No sé quien las dijo, á Laura y á su madre que los dibujos de Berta revelaban grandes disposiciones y ya las tienes empeñadas en que ha de ser una gran artista, oponiéndose por todos los medics á mi voluntad.

PASTOR.—Lo habrá dicho algún enamorado de Berta.

ALBERTO.—¡Este es también mi temor.

PASTOR.—En este caso podría ser la cosa más grave de lo que me parece. Oye. ¿Crees tú que Laura cuenta con el apoyo de aquella gente? *(Señala la puerta de la habitación en que se supone está la familia del capitán.)*

ALBERTO.—Estoy seguro. La lucha está empeñada, y, dicho sea entre nosotros, las primeras escaramuzas han sido muy poco leales.

PASTOR.—¡Oh! ¡La conozco!

ALBERTO.—Y lo peor es que, al parecer, la carrera de Berta ya es cosa decidida para ellos. Continuamente van soltando frases insidiosas, que suenan á represalias. hablando de la capacidad del hombre y de la mujer y de cuanto creen que pueda contrariarme... *(El pastor hace ademán de partir)* ¡Te marchas ya? Hoy aguardo la visita del médico nuevo. ¿Le has hablado?

PASTOR —¡Sí!; le ví la última vez que estuve en Stokolmo. Es francote y parece hombre de bien.

ALBERTO.—¿Te parece si podré contar con él en calidad de aliado?

PASTOR.—Dependerá de la resistencia de su sensibilidad delante de las mujeres.

ALBERTO.—¡No te marches todavía!

PASTOR.—He prometido á mi mujer que sería puntual á la hora de cenar y no quiero que el retraso le ocasione ninguna ansiedad.

ALBERTO.—Querrás decir que no quieres que te haga una escena violenta de celos... *(Le ayuda á ponerse el abrigo).*

PASTOR.—Gracias. Aprieta el frío esta noche. Te veo muy preocupado y esto no te conviene; necesitas cuidarte; tienes mala cara.

ALBERTO.—¡No!

PASTOR.—No te quepa duda Alberto, tú no estás bien.

ALBERTO.—¿Habrá sido Laura la que te habrá sugerido esa idea? Años hace que me trata como un condenado por los hombres de ciencia, y no obstante aún vivo.

PASTOR.—Será lo que tú quieras; pero tu salud me inspira cuidado. Creelo, necesitas cuidarte sin pérdida de tiempo. Y ahora que recuerdo, teníamos que hablar de la Confirmacion.

ALBERTO.—Nada de eso, querido cuñado; en materia de religión no solicito consejos de nadie, y estoy dispuesto a usar de los derechos que me concede la ley para educar á mi hija en la doctrina que practico.

PASTOR.—¡En el ateismo! Hasta la vista y recuerdos á Laura de mí parte.

ESCENA IV

ALBERTO y después LAURA

ALBERTO.—*(Se sienta junto á la mesa escritorio y saca de un cajón unos papeles.)* Treinta y cuatro y nueve cuarenta y tres. Siete por ocho cincuenta y seis.

LAURA.—Si quisieras molestarte un momento

ALBERTO.—Inmediatamente... 66, 71, 84, 89, 92, 100... ¿Qué quieres?

LAURA.—*(De pie, frente á la mesa escritorio)* ¿Estorbo quizá?

ALBERTO.—Me ocupo en los gastos caseros. No te preocupas más de ellos.

LAURA.—¿Desde cuando rige esta novedad?

ALBERTO.—Desde hoy. Los negocios son inseguros, y es necesario que lleve una contabilidad muy clara y regularizada para evitar que los tribunales pudiesen tener que ver conmigo por negligente.

LAURA.—No es mía la culpa si la economía doméstica no vá todo lo bien qne yo deseo.

ALBERTO.—Eso lo dirán las cuentas.

LAURA.—¿Quién tiene la culpa de que no pague al arrendedor?

ALBERTO.—La persona que lo recomendó con tanta eficacia. ¿Porqué te interesaste tanto por ese arrendador?

LAURA.—¿Y tú porqué, trataste con él?

ALBERTO.—De no haberlo hecho no hubiera podido ni comer, ni dormir, ni trabajar en paz. Tu le apoyaste porque tu padre quería desembarazarse de él; mi suegra le miró con simpatia por llevarme la contraria; la institutriz le ha descubierto toda clase de gracias por ser evangelista; y la nodriza le ha apoyado por haber sido amiga de su

madre. No tuve más remedio que aceptarle, y pobre de mí sino me hubiese amoldado á vuestro capricho; ya estaría encerrado en un manicomio. Toma dinero para los gastos de la casa y para tus gastos personales. *(Le entrega un billete de Banco.)*

LAURA.—¡Muchas gracias! ¿Y tu también anotas tus gastos personales?

ALBERTO.—Es cosa que á tí no puede interesarte.

LAURA.—Claro que debe interesarme bastante menos que la educación de mi hija. Y apropósito, ¿supongo que habrás decidido algo después de la entrevista de esta noche con el Pastor?

ALBERTO.—Estaba ya decidido: solo faltaba comunicar mi resolución al único amigo de mi familia. Berta ingresará en un pensionado antes de quince días.

LAURA.—¿Puedo saber á donde la mandarás?

ALBERTO.—Al establecimiento docente de mi amigo el comisario.

LAURA.—¡El librepensador!

ALBERTO.—Los hijos han de ser educados en las mismas doctrinas de sus padres.

LAURA.—¿Y la madre no tiene voto en una cuestión tan importante?

ALBERTO.—El padre, según la ley, asume todos los derechos,

LAURA.—¡Yo no entiendo de derechos!

ALBERTO.—¿Quieres que te entere de ello?

LAURA.—Sí.

ALBERTO.—Según el contrato matrimonial, el padre tiene la obligación de mantener á la esposa y á los hijos á cambio de cederle la madre todos sus derechos.

LAURA.—¿De modo que yo no puedo alegar ningún derecho?

ALBERTO.—Todos los que se refieren á tu exis-

tencia; pero sobre tu hija no tienes ninguno. ¿No te parece una compensación muy justa?

LAURA.—Admitamos que al padre y la madre se hayan puesto de acuerdo...

ALBERTO.—En este caso la cosa es clara. Pero cuando se presenta disparidad de pareceres el padre tiene el derecho de resolver. Por este motivo he tomado mi decisión.

LAURA.—¡Es cosa decidida! ¿Y sabes algo del asunto de Pedro?

ALBERTO.—Es un secreto profesional.

LAURA.—Del cual están enterados hasta en lo cocina.

ALBERTO.—¿Tú sabes...?

LAURA,—¡Todo!

ALBERTO.—¿Y te atreverias á juzgar el caso del asistente?

LAURA.—El Código dá reglas precisas para ello.

ALBERTO.—¡Te equivocas! ¿El Código indica acaso quien es el padre del chiquillo?

LAURA.—No; pero puede fácilmente saberse.

ALBERTO.—Personas sérias y péritas en la materia consideran difícil que pueda saberse nada preciso en estas cuestiones.

LAURA.—¿Ahora salimos con esa? ¿Dicen que no puede saberse quién es el padre del chiquillo?

ALBERTO.—Hay quien pretende que no.

LAURA.—Pues ¿como es posible que el padre pueda invocar los derechos de que hablabas sobre los hijos?

ALBERTO.—Es posible porque esos derechos son el equivalente del deber, y en el matrimonio no se admite discusión sobre la paternidad.

LAURA.—¿De modo que en el matrimonio no puede caber duda?

ALBEBTO.—Naturalmente.

LAURA.—¿Y en caso de infidelidad de la mujer?
ALBERTO —Eso no reza con nosotros. ¿Quieres algo más?
LAURA —No.
ALBERTO.—Voy á mí cuarto. En cuanto llegue el doctor avisame; no quisiera hacerle esperar.
LAURA.—Está bien.
ALBERTO.—Quedamos en que en cuanto llegue...
LAURA.—Se hará lo que mandas.

ESCENA V

LAURA, y después el DOCTOR

LAURA.—(*Mirando el billete de Banco que tiene en la mano.*) ¡Ceder todos los derechos! ¡Dios mio! ¡Dios mio! (*Dentro se oye la voz de la madre de Laura.*)
LA VOZ.—¡Laura!
LAURA.—Estoy aquí, mamá.
LA VOZ.—¿Has preparado mi té?
LAURA.—(*Desde la puerta de la izquierda*) Margarita te lo servirá al momento. (*Rumor en el recibimiento. Laura se acerca á la puerta del foro.*)
ORDENANZA.—¡El señor doctor!
DOCTOR.—(*Entrando*) Señora.
LAURA.—(*Estrechándole la mano*) Bien venido doctor. Mi marido se halla en su cuarto, pero al momento estará aquí.
DOCTOR.—Ruego á usted me disculpe por haber venido con retraso. Una consulta me ha entretenido más de lo que esperaba.
LAURA.—Haga usted el favor de tomar asiento.
DOCTOR.—Muchas gracias, señora.
LAURA.—No sé si está usted enterado de cuanto esperamos de usted, doctor. Tenemos un enfermo bastanse grave que necesita de

los más asiduos cuidados de un médico eminente como usted. Espero, pues, que nuestras relaciones serán cordialisimas.

DOCTOR.—Señora, su amabilidad me confunde. Solo deseo que mis visitas en calidad de médico, no tengan que ser frecuentes, porque supongo que ordinariamente los individuos de su familia disfrutarán de buena salud.

LAURA.—Las crisis graves no son frecuentes, pero desgraciadamente las cosas no van por buen camino.

DOCTOR.—¿Cómo?

LAURA,—Desgraciadamente el estado de nuestro enfermo deja mucho que desear.

DOCTOR.—Me pone usted en cuidado.

LAURA.—Usted sabe de sobra que en casi todas la familias ocurre algo que se disimula en presencia de los extraños.

DOCTOR.—Menos en presencia del médico.

LAURA.—Por este motivo estoy dispuesta á revelarle...

DOCTOR.—Le suplico que guarde usted la revelación para después de la entrevista con el capitán.

LAURA.—Precisamente yo quiero hacerla antes para evitar que él le sorprenda con su aparente lucidez.

DOCTOR.—¿Se trata, pues, de algo referente al estado mental de su marido?

LAURA.—Sí; mi pobre marido tiene la cabeza perturbada.

DOCTOR.—¡No vuelvo de mi asombro! He leido varios trabajos de su marido referentes á minerología, y debo confesar que siempre he admirado en ellos una claridad y elevación de concepto verdaderamente excepcionales y reveladores de la existencia de un cerebro potente y fecundo.

LAURA.—¿De veras? ¡Quiera Dios que la familia nos hayamos equivocado!

DOCTOR.—Pero la clarividencia en este punto no prueba que su estado mental pueda estar perturbado en otras relaciones de la vida. Hable usted, señora, se lo suplico.

LAURA.—De vez en cuando le asaltan ideas extrañas, que parecerían de sabio si las consecuencias no fuesen ruinosas para la familia. Una de sus manías consiste en querer comprar todo lo que ve.

DOCTOR.—¿Y que acostumbra á comprar con preferencia?

LAURA.—Libros. En casa entran cargamentos de libros, que no lee.

DOCTOR.—Es natural que un hombre entregado al estudio compre libros.

LAURA.—¿No cree lo que le digo?

DOCTOR.—Estoy persuadido que usted cree cuanto me relata.

LAURA.—Y que me dice usted de esta frase: ¿Es posible que pueda verse con la ayuda de un microscópio lo que ocurre en otro planeta?

DOCTOR.—¿Está usted bien segura de que lo dice en esta forma?

LAURA.—Interróguele y se convencerá.

DOCTOR.—¿Con la ayuda de un microscópio? ¿Lo dice así?

LAURA.—Sí; ¡un microscópio!

DOCTOR.—¡Es raro!

LAURA.—¡Duda usted aún! ¿No cree usted en mi sinceridad?

DOCTOR.—Me honra su confianza, señora, pero un médico antes de dar su opinión ha de examinar la cuestión hasta llegar á lo más recóndito. ¿Ha observado en su marido variedad de humor, veleidades, caprichos?...

LAURA.—¡Ya lo creo! Desde el primer día de nuestro matrimonio, veinte años hace, no ha tomado una resolución que no la haya rectificado al poco rato.

DOCTOR.—¿Es testarudo y obstinado á veces?

LAURA.—Es preciso abundar en su opinión; pero después de haber alcanzado la victoria se queda tan satisfecho y nada exige, dejando que yo decida lo que me acomode.

DOCTOR.—¡Caprichoso y terco á un tiempo! La voluntad, señora, es como la espina dorsal del espíritu; una pequeña lesión en ella hace que el espiritu decaiga.

LAURA.—¡Y pensar que durante muchos años de tormento he tenido que doblegarme á su voluntad!

DOCTOR.—Señora, me han conmovido sus penas y estoy dispuesto á prestarle mi apoyo para aliviarlas en lo posible. Considereme usted como un amigo. Conviene, como primera providencia, ponerla en guardia para evitar imprudencias. Procure siempre que sea posible, no llevarle la contraria, porque podría motivar la presencia de ideas fijas ó monomanías muy frecuentes en los cerebros gastados ó reblandecidos.

LAURA.—¿Es necesario, pues, que no se le despierte ninguna sospecha?

DOCTOR.—Naturalmente, porque se le puede hacer creer lo que se quiera.

LAURA.—¡Lo que se quiera!... *(Suena un timbre.)* Perdone usted un momento: mamá me llama. Ahí viene Alberto. *(Entra Alberto.)*

ESCENA VI

EL DOCTOR y ALBERTO, que ha entrado por la puerta de la izquierda.

ALBERTO —¡Doctor, bienvenido!

DOCTOR.—Tengo una verdadera satisfacción en saludar á un hombre de ciencia de tanto mérito.

ALBERTO.—¡No tanto, doctor!

DOCTOR.—He leido varios de sus trabajos científicos...

ALBERTO.—Un militar en activo dispone de poco tiempo para ocuparse en trabajos sérios; pero á pesar de ello abrigo la ilusión de estar sobre la pista de un descubrimiento importante.

DOCTOR.—¿De veras?

ALBERTO.—Juzgue usted. Sometiendo metereolitos al análisis espectral he podido averiguar la presencia del carbono, cosa que indica de un modo evidente la presencia de organismos en descomposición.

DOCTOR.—¿Y lo ha observado con el microscópio?

ALBERTO.—No: con el espectroscópio.

DOCTOR.—¡El espectroscópio! ¿Y con el auxilio de este podría usted enterarse de lo que ocurre en el planeta Júpiter.

ALBERTO.—Quizá sería posible si un librero de París me hubiese remitido unas obras que le pedí hace dos meses. Estoy tentado de creer que todos los libreros del mundo se proponen contrariarme. Es muy raro no haber recibido ni libros ni contestación. ¡Hay para volverse loco!

DOCTOR.—Cálmese usted, capitán. Se trata de un caso de negligencia y nada más.

ALBERTO.—Sí; pero la negligencia de ese ma-

marracho de librero será causa de que me adelanten los colegas de Berlín que están estudiando el mismo asunto. Pero dejémonos de esto y ocupémonos de nosotros. ¿Donde quiere usted que le instalen? ¿aquí ó en la vieja casa cantonal?

DOCTOR.—Donde usted quiera.

ALBERTO.—Le toca á usted elegir.

DOCTOR.—Pues yo dejo que usted escoja.

ALBERTO.—*(Con impaciencia)* No es de mí incumbencia: á usted le toca escoger.

DOCTOR.—A mi me es indiferente.

ALBERTO.—*(Con mayores signos de impaciencia)* ¡Por Dios, diga usted de una vez lo que prefiere! No sea usted tímido y díga lo que desea ó me enfado.

DOCTOR.—Bueno, me quedo aquí.

ALBERTO.—*(Toca el timbre y entra Margarita)* Me molesta la irresolución. ¿Está arreglado el pabellón para el señor doctor?

MARGARITA.—Si señor.

ALBERTO.—Siendo así no quiero entretenerle más. Estará usted fatigado y necesitará descansar. Hasta mañana.

DOCTOR.—Hasta mañana, señor capitán.

ALBERTO —Supongo que mi mujer le habrá puesto al corriente de nuestras costumbres para que no deba molestarse en lo más mínimo.

DOCTOR.—Me ha indicado cuanto necesita saber un forastero. Hasta la vista, señor capitán. (*Váse*)

ALBERTO.—Que usted descanse, doctor.

ESCENA VII

ALBERTO Y MARGARITA

ALBERTO.—¿Qué quieres, Margarita?

MARGARITA.—Quisiera hablarle un instante.

ALBERTO.—Habla, querida Margarita: únicamente puedo oirte á ti sin sentir fastidio.

MARGARITA.—Señor, ¿no podría usted hacer alguna concesión de acuerdo con la señora para resolver sobre la educación de la señorita? Tenga usted en cuenta que una madre. .

ALBERTO.—¡Un padre, Margarita...!

MARGARITA.—¡Por Dios, señor! Un padre tiene muchas ocupaciones, y para la madre los hijos son su alegría.

ALBERTO.—Dices bien, viejecita mía; el padre tiene muchas ocupaciones, y la madre una solamente. ¿Quíen carga, pues con el mayor peso?

MARGARITA.—No es esto lo que quiero decir.

ALBERTO.—Pues yo te hablo así porque veo que te propones llevarme la contraria.

MARGARITA.—¡Duda usted de que yo le quiera?

ALBERTO.—Ya sé que me tienes verdadero cariño; pero no siempre comprendes cual es mi deber. No me basta haber formado el cuerpo de mi hija; necesito también formar su alma.

MARGARITA.—No llega á tanto mi corta inteligencia, pero me parece que tratándose de punto tan importante debieran estar de acuerdo marido y mujer.

ALBERTO.—Ya no eres aquella Margarita que tanto me quería.

MARGARITA.—¡No puede usted creer lo que acaba de decir! Yo no puedo olvidar que le he criado con el mismo cariño que si se tratase de un hijo de mis entrañas.

ALBERTO.—Yo tampoco lo olvido Has hecho conmigo las veces de madre, he recibido tus caricias y me has defendido muchas veces, pero con esta ocasión te has pasado al enemigo.

MARGARITA —¿Al enemigo?

ALBERTO.—Si... Tú sabes mejor que nadie lo que ocurre en mí casa

MARGARITA.—¡Ya lo creo! ¿Y es posible que dos personas tan buenas como usted y la señora puedan vivir en contínuo desacuerdo. Y la señora, nunca me había tratado con la afabilidad que ahora.

ALBERTO.—Lo hace para molestarme. Si tú también me abandonas estoy perdido. En este momento traman algo grave contra mi, y el médico, que es un tunante, se presta á ejercer de cómplice.

MARGARITA.—Desconfía usted de todos, por falta de creencias, por no creer en la religión verdadera.

ALBERTO,—¿Y esta verdad quién la ha descubierto?

MARGARITA.—No lo sé pero lo único que puedo asegurarle es que yo soy más feliz que usted. Póstrese ante Dios y él le dará la felicidad y le enseñará á amar al prójimo.

ALBERTO.—Cuando hablas del amor al prójimo, Margarita, tu voz se torna tan dura y tu mirada está tan animada de rencor que demuestras con ello que no sientes ni la caridad verdadera, ni la verdadera religión.

MARGARITA.—En la hora del peligro para nada le sirve la sabiduria al orgulloso y al incrédulo.

ALBERTO.—¡Con que arrogancia hablas, pobre amiga mía! Es muy justo que razones asi porque la ciencia nada tiene que ver con los ignorantes como tú.

MARGARITA.—¡Es cierto que soy una pobre mujer! Pero á pesar de ello la vieja Margarita no dejará de querer á su niño-grande y le auxiliará cuando arrecie la tormenta.

ALBERTO.—Gracias mi pobre Margarita. Eres la única que me quiere y que me ayudará en los momentos difíciles que se acercan. En el aire que respiramos hay amenazas de muerte. (*Gritos de angustia dentro)* ¿Qué ocurre? ¿Quién grita?

ESCENA VIII

Dichos y BERTA.

BERTA.-(*Desde la puerta de la izquierda*) ¡Papá, papá, sálvame!
ALBERTO.—¿Qué ocurre? ¿Qué tienes, tesoro mio?
BERTA.—¡Ayúdame, papá! ¡Quiere pegarme!
ALBERTO.—¿Quién?
BERTA.—¡La abuelita! Pero yo tengo la culpa, porque la he engañado.
ALBERTO.—No temas hija mía, y dí, dí, que te pasa.
BERTA.—Sí; pero no lo digas á nadie.
ALBERTO.--Cuéntame, cuéntame esas penas tan grandes que te atormentan. *(Margarita se va)*.
BERTA.—Figúrate que la abuela todas las noches acostumbra á bajar la luz de la lámpara, y casi á oscuras me obliga á sentarme junto á la mesa, delante de una hoja de papel y con una pluma en la mano. Entonces pretende que los espíritus vienen á escribir.
ALBERTO.—¿Y cómo no me lo habías dicho antes?
BERTA.—Perdóname; no me había atrevido á decírtelo porqué la abuela asegura que los espíritus se vengan cuando se habla mal de ellos. A veces corre la pluma sobre el papel, pero no tengo la seguridad de que sea yo quien traza los garabatos. Otras

veces se para y no escribo. Hoy creía haberlo hecho bien, pero al notar la abuelita que lo que h abía escrito era de Lamartine se ha puesto furiosa, porqué ha visto que la engañaba

ALBERTO.—¿Crees tu en los espíritus?

BERTA.—¡No lo sé!

ALBERTO.—Pues yo puedo asegurarte que no existen.

BERTA.—Me ha dicho la abuelita que tu no podías comprender estas cosas á pesar de que te dedicas á estudiar lo que ocurre en los planetas.

ALBERTO.—¿Eso te ha dicho? ¿Y que más?

BERTA.—También me ha dicho que no eres capaz de practicar la mágica.

ALBERTO.—¡La mágia!... ¿Y que más?

BERTA.—Ha dicho que hay cosas que ella puede ver y que tu estado impide que puedas descubrirlas.

ALBERTO.—¡Tu abuela ha mentido!

BERTA —¡La abuelita no miente nunca!

ALBERTO.—¿Por qué?

BERTA.—Porqué si ella mintiese mentiría también mamá.

ALBERTO.—Yo no he dicho eso.

BERTA.—Si fueses capaz de pensarlo, perdería la confianza en tí.

ALBERTO.—Quién piensa en ello. Dejémonos de eso y pasemos á otra cosa. Oye ¿quieres que te mande á un colegio de Stokolmo para que puedas intruirte bien?

BERTA.—Mándame donde quieras con tal que pueda verte muy á menudo. Aquí todo es triste como una noche de invierno; pero en cuanto apareces tu, parece que penetra un rayo de sol que lo alegra como una mañana de primavera.

ALBERTO.—¡Eres adorable, hija mía!

BERTA.—¡Papá! Quiero hacerte una petición: quiere mucho á mamá, la pobre está siempre tan afligida.

ALBERTO.—¿Y estarás dispuesta á ir al colegio?

BERTA.—¡Oh, si!

ALBERTO.—¿Y si se opone mamá?

BERTA.—No se opondrá.

ALBERTO.—Pero supongamos que se opone a que te separes de su lado.

BERTA.—En este caso no sabría que hacer. Pero ella debe estar obligada á consentir.

ALBERTO.—¿Quieres pedírselo tu misma?

BERTA,—No. ¡Hace tan poco caso de mis peticiones!

ALBERTO.—Pero estando conformes tú y yo en que has de ir al colegio ¿qué vamos a hacer si mamá se opone?

BERTA.—¡No sé!

ESCENA IX

Dichos y LAURA. Después MARGARITA

LAURA.—Me alegra que esté aquí Berta, porqué como hemos de tratar de su porvenir necesitamos saber su opinión.

ALBERTO.—Una niña como Berta no puede tener idea precisa de lo que le convenga para su instrucción; solo á nosotros toca decidir

LAURA.—Pero desde el momento en que no estamos de acuerdo dejemos que ella decida.

ALBERTO.—Eso nunca. No puedo consentir que ni mi mujer ni mi hija usurpen mis derechos. Berta, déjanos. *(Berta duda.)*

LAURA.—Quédate, Berta. *(Berta continua dudando.)*

ALBERTO.—Vete, hija mía. *(Laura mira fijamente á Berta y esta queda como fascinada).*

LAURA.—Dí, ¿quieres ir al colegio ó quedarte en casa?

BERTA.—No sé...

LAURA.—Debo advertirte que tu opinión no cuenta para nada; pero tengo curiosidad por conocerla. ¡Contesta!

BERTA.—¿Para decir la verdad.. ? *(Alberto coje á Berta por la mano y la conduce, con dulzura, á la puerta de la izquierda).*

LAURA.—¿Has temido que opinara como yo?

ALBERTO.—Me consta que quiere ir al Colegio pero también sé que tienes sobrada influencia para hacerla cambiar de parecer.

LAURA.—¿Tanto puedo?

ALBERTO.—Sí; tienes un talento extraordinario para imponer tu votuntad; ahora mismo has dado una prueba de ello sustituyendo á nuestro antiguo médico por el que acaba de visitarme.

LAURA.—¿Y como lo he conseguido?

ALBERTO.—Molestando al otro hasta que ha dejado el campo libre y haciendo que tu hermano apoyase la candidatura del actual.

LAURA.—¿De modo que el lograrlo ha sido cosa de coser y cantar? Precisemos: ¿cuando partirá Berta?

ALBERTO.—Antes de quince días.

LAURA.—¿Es tu resolución definitiva?

ALBERTO.—¡Sí!

LAURA.—Pues yo me opongo.

ALBERTO.—¡Imposible!

LAURA.—¡Ténlo por seguro! ¿Has podido imaginar que me resignaré á entregar mi hija á gente que se entretendrán en decirle que cuanto le ha enseñado su madre es un tejido de tonterías?

ALBERTO.—¿Y tú crees que yo puedo tolerar que unas mujeres ignorantes digan á mi

hija que su padre es un visionario y un hombre sin corazón?

Laura.—Eso no tiene importancia para el padre.

Alberto.—¿Por qué?

Laura.—Porque son más indisolubles é indiscutibles los vínculos que unen á la hija con la madre. Tú mismo hace poco asegurabas que en el fondo, nadie puede probar la paternidad de los hijos.

Alberto.—No sé ver la relación que pueda tener tu razonamiento con lo que discutimos.

Laura.—¿Sabes, acaso, si eres el padre de Berta?

Alberto.—¿Acaso puedo ignorarlo?

Lamra.—Lo que los demás ignoran también puedes tú ignorarlo.

Alberto.—Lo que dices no tiene sentido común.

Laura.—No hágo más que aplicar tu teoría. ¿Sabes acaso si te he guardado siempre fidelidad?

Alberto.—¿Qué dices?

Laura.—Lo que has oído.

Alberto.—*(Consternado.)* ¿Cómo? Pero tu no confesarás nunca tu falta.

Laura —Supongamos que para conservar á Berta á mi lado y poderla educar á mi gusto me resigno á ser despreciada, diciendo, en un arranque de sinceridad, que Berta no es tu hija.

Alberto.—¡Basta!

Laura.—En este caso pérderías todos tus derechos...

Alberto.—Después de haber probado que yo no soy su padre.

Laura.—¡Cosa facilísima! ¿Quieres que te lo demuestre?

ALBERTO.—¡Basta!...

LAURA.—Me bastaría con nombrar el verdadero padre; determinar la época y el lugar... ¡Fíjate! Berta nació tres años déspués de nuestro matrimonio.

ALBERTO.—Repito qne basta... sino.,.

LAURA.—¿Sino qué? Acabemos. Pero es preciso que reflexiones sobre tu título dudoso de padre y procura guardarte del ridículo porque este acostumbra á presentarse de improviso.

ALBERTO.—¡El ridículo! Pues á mi me parece que la cosa tiende más á lo trágico.

LAURA.—¡Tu papel será cómico!

ALBERTO.—Sí; yo seré el personaje cómico y tú la figura simpática.

LAURA.—¿Crees eso?

ALBERTO.—¡Es imposible luchar con vosotras!

LAURA —¿Por qué te empeñas, pues, en ello sabiendo que soy un enemigo superior.

ALBERTO.—¿Superior?

LAURA.—En absoluto. Y te juro que aún no he hallado al hombre que me haya parecido superior á mi.

ALBERTO.—Yo me encargaré de hacerte sentir esta superioridad de manera que nunca puedes olvidarlo.

LAURA.—No lo lograrás.

MARGARITA.—*(Entrando.)* La señora está servida.

LAURA.—¿Vamos al comedor?

ALBERTO.—No quiero cenar esta noche.

LAURA.—Estás furioso ¿verdad?

ALBERTO.—No tengo apetito.

LAURA. — Ven. Deja tus preocupaciones.... ¿Vienes? (*Riendo y con aire triunfante.*) ¡Siempre serás un niño! *(Se va por la puerta de la izquierda.)*

ESCENA X

ALBERTO y MARGARITA.

MARGARITA.—¿Qué ha pasado, señor?

ALBERTO.—¡No lo sé!.... (*Pausa*) ¿Por qué las mujeres os empeñáis en tratar á los hombres como chiquillos?

MARGARITA.—Probablemente será porque os hemos llevado en nuestras entrañas.

ALBERTO.—(*Pausa.*) Margarita, ¿no crees que soy el padre de Berta?

MARGARITA.—¡Jesús! Por Dios no piense usted esas locuras. ¿Puede usted dudar de la señora? Vaya á tomar algún alimento... (*Cariñosa.*) ¡Vamos!

ALBERTO.—(*Se levanta furioso.*) ¡El diablo te lleve! ¡Vete al instante! (*Desde la puerta de la derecha.*) ¡Ordenanza!

ORDENANZA.—(*Entra.*) A sus órdenes, mi capitán.

ALBERTO.—¡Dí que enganchen el *coupé*, inmediatamente!

MARGARITA —Por favor, señor capitán...

ALBERTO.—¡Véte.. ! ¡Mala bruja!(*Toma el sombrero y el abrigo.*)

MARGARITA.—Por Dios, señor.

ALBERTO.—Di que es inútil que me esperen antes de media noche.

MARGARITA.—¡Dios mío! ¡Dios mío!

TELON



ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Es de noche. Han pasado algunas horas del primer acto al segundo. La lámpara está encendida.

ESCENA PRIMERA

LAURA y el DOCTOR

Doctor.—Nada puedo decirle á V. concretamente El capitán me ha parecido un hombre perfectamente equilibrado.

Laura.—¿Le habló usted de su descubrimiento; de su idea fija?

Doctor.—Sí, señora, y precisamente de la entrevista he deducido que no es un monomaníaco, sino, por el contrario, un verdadero hombre de ciencia. Anduvo usted equivocada al decirme que el capitán habia obtenido los maravillosos descubrimientos de que habla substituyendo el telescópio por el microscópio. No se trata de esto, sino del espectroscópio.

Laura.—¿Cree usted, pues, que nos hemos equivocado?

Doctor.—No puedo aún afirmarlo en absoluto. Es una cuestión delicadísima y que debe comprobarse con toda escrupulosidad por las consecuencias sociales que puede engendrar.

Laura.—¿Consecuencias sociales?

DOCTOR.—Sí, señora. Un hombre atacado de enfermedad mental, pierde, como usted no ignora, todos sus derechos civiles.

LAURA —Lo ignóraba.

DOCTOR.—Ya comprenderá usted, pues, la responsabilidad en que incurro al hacer una afirmación categórica. Otra pregunta he de hacerle á usted. Me ha dicho su marido que había escrito varias cartas á algunos editores y que no había recibido contestación. ¿Interceptó usted, quizás con buena intención, las cartas?

LAURA —Sí. Y al hacerlo he creido cumplir con mi deber, evitando nuestra ruina que era inminente con los exagerados gastos que en libros hacía mi marido.

DOCTOR.—Hizo usted mal, y no supo adivinar que con ello aumentaba las preocupaciones y las sospechas del capitán (*Pausa)*.

LAURA.—Es estraño que no haya regresado todavía...

DOCTOR. — Permitáme otra pregunta y le ruego no la atribuya á indiscreción. Un médico tiene el derecho de saberlo todo. ¿Qué medió entre usted y el capitán, después de nuestra primera entrevista?

LAURA —Estaba muy preocupado y se atormentaba con las más estrañas fantasías. Imaginese usted, doctor, que llegó al extremo de decir que dudaba de la paternidad de nuestra hija.

DOCTOR.—(*Con extrañeza*). ¡Es raro!... ¿Cómo pudo ocurrirsele semejante idea?

LAURA.—No sè... Quizás obedezca á una conversación que sostuvo esta tarde con el pastor y el asistente... Luego hablaron de ello, y el defender yo á una pobre muchacha engañada se exaltó de mala manera, afirmando que nadie puede estar seguro de

ser el verdadero padre de su hijo. Le juro á usted que procuré calmarle, pero fué inútil porque estaba extraordinariamente excitado...

DOCTOR.—¿Antes de ahora le había hablado á usted en este sentido, obsesionado por esta misma idea?

LAURA —Seis años atrás había mostrado idéntica preocupación, y apropósito de ella consultamos al médico...

DOCTOR —No puedo ocultarle la gravedad de lo que me acaba de decir. Quizá la dolencia del capitán tiene raices más hondas de lo que yo suponía... De todos modos los secretos de familia son inviolables y no puedo hacer otras indagaciones. El pasado no puede reconstruirse y mi misión se reduce à cuidar del estado actual del paciente... (*Pausa*) ¿Dónde cree usted que se halla ahora su marido?

LAURA.—No sé. Estoy intranquila. Estaba tan preocupado, tan exaltado...

DOCTOR.—Aguardaré su regreso, pero para evitar que sospeche diganle que he venido para visitar á su madre.

LAURA.—Como usted quiera...¿Y no sería mejor que usted le enterase de su verdadero estado y de la necesidad que tiene de tranquilidad y de reposo..?

DOCTOR.—Estas cosas. señora, no deben nunca comunicarse á un enfermo, salvo que el mismo provoque nuestras confidencias. En el caso actual su marido de usted no debe sospechar nada absolutamente...

LAURA —Haga usted lo que le parezca... Margarita aguardará aquí su regreso... Es la única que ejerce alguna influencia sobre mi marido... (*Llamando*) ¡Margarita!

MARGARITA.—(*Entra*) ¡Señora!

LAURA.—En cuanto regrese el capitán, dile que mamá se ha sentido indispuesta y que el doctor se halla en su cuarto visitándola.

MARGARITA —Está muy bien, señora...

LAURA.—*(Levantándose.)* Me hace usted el obsequio de pasar, doctor...

DOCTOR.—*(Siguiéndola.)* Estoy á sus órdenes, señora... *(Sale por la puerta de la izquierda.)*

ESCENA II

MARGARITA y luego BERTA.

MARGARITA.—*(Se sienta junto á la mesa. Saca un libro de su bolsillo y después de ponerse las gafas lee en alta voz.)* «Y todos nuestros actos buenos y malos, Dios nuestro señor los tendrá en cuenta el día del juicio final». «El rey de cielo y tierra no habita en los templos construídos por los hombres»...

BERTA.—*(Entrando por la puerta del fondo con una labor de bordado en la mano.)* Margarita! . Me permites que esté aquí contigo .. Estoy tan triste... Siento una soledad en mi cuarto...

MARGARITA.—¿No te has acostado todav a Berta?

BERTA.- He de terminar el regalo para papá.

MARGARITA.—Pero si son más de las doce.

BERTA.—Por eso tengo miedo de estar sola arriba. En el granero debe haber espíritus y ánimas en pena.

MARGARITA.—Ves tú como tenía yo razón. ¿Qué has visto?

BERTA.—No las he visto, pero me ha parecido que cantaban en el rincón en que está la cama.

MARGARITA.—¿Has oído cantar?... No puede

ser á esta hora... *(Pausa.)* ¡Y está nevando esta noche!...

BERTA.—¿Es cierto, Margarita, que papá está enfermo?...

MARGARITA.—Sí hija mia, está muy enfermo...

BERTA.—¿Y no podremos celebrar la Navidad? ¿Por qué no se mete en la cama si está tan enfermo?...

MARGARITA —Cállate... Véte, véte á la cama enseguida... que no te encuentre aquí...

BERTA.—Buenas noches, Margarita... *(Sale de puntillas por la izquierda.)*

ESCENA III

MARGARITA y ALBERTO

ALBERTO.—*(Entra; lleva cubierto de nieve el gabán.)* ¡Hola!... No te has acostado todavía. ? Ve á descansar, si quieres. .

MARGARITA —Don Alberto... *(El capitán enciende una bugía, se sienta junto al escritorio y sacando una carta del bolsillo empieza á leer.)*

MARGARITA.—Don Alberto...

ALBERTO.—¿Qué quieres?

MARGARITA.—Doña Antonia se ha sentido indispuesta y ha venido el Doctor.

ALBERTO. –¿Es cosa de cuidado?

MARGARITA. –No. señor. Se quejaba de frío y de dolor de cabeza...

ALBERTO.-*(Levantándose resueltamente.)* ¿Quién fué el padre de tu hijo, Margarita?

MARGARITA.—¡Quién había de ser!... ¡Mi marido el pobre Andrés!

ALBERTO.—¿Estás segura de ello?

MARGARITA. — Segurísima. ¡Vaya una pregunta!...

ALBERTO.—Sí, tú puedes estar segura... pero él... él no podría tener esa seguridad...

(Abriendo un álbum de retratos.) Oye..... ¿Crees que Berta se me parece?

MARGARITA.—Es el retrato de usted...

ALBERTO.—Y Andrés, tu marido, ¡creía que era el padre de tu hijo!

MARGARITA.—¡Claro! Por fuerza debía creerlo...

ALBERTO.—¡Por fuerza... por fuerza!... ¡Ah! El Doctor...

ESCENA IV.

Los mismos y el DOCTOR

ALBERTO.—¡Buenas noches, doctor! ¿Cómo está su suegra?

DOCTOR.—No ha sido cosa de cuidado. Una ligera luxación en la rodilla...

ALBERTO.—¿Una luxación?... *(A Margarita)* ¿No decias tú que estaba resfriada y sentia dolor de cabeza..?

MARGARITA.—Asi lo creía, señor...

ALBERTO.—Vete á acostar... *(Sale Margaríta por la puerta de la izquierda).* Siéntese usted, doctor...

DOCTOR.—*(Sentándose)* Muchas gracias...

ALBERTO.—Dígame, doctor... ¿Es cierto que se pueden obtener potros cebrados juntando una yegua con una cebra?

DOCTOR.—Es indudable...

ALBERTO.—Y es indudable, asi mismo, que los potros de las generaciones siguientes son cebrados también si se continúa la cría con un semental...?

DOCTOR.—Sí señor...

ALBERTO.—En cuyo caso un semental puede ser padre de potros cebrados.

DOCTOR.—No cabe duda...

ALBERTO.—Todo ello demuestra, pues, que el parecido de un padre con su hijo nada prueba...

DOCTOR.—¡Oh!

ALBERTO.—Y que no hay manera de demostrarse la paternidad...

DOCTOR.—Vaya una idea ..

ALBERTO.—(*Preocupado y sin oir*). Usted es viudo ¿verdad? ¿Ha tenido usted hijos?

DOCTOR.—Si.

ALBERTO.—¿Y no se ha sentido, como padre, en ridículo alguna vez? No hay nada tan cómico como oir hablar á un hombre de sus hijos, refiriéndose á «los hijos de su mujer» ¿No se le ha ocurrido á usted nunca esta idea? ¿No le ha asaltado á usted nunca la duda? No digo ya sospecha, porque supongo que su esposa estaba por encima de toda sospecha...

DOCTOR.—Nunca. Es esta, capitán. cuestión de fé en la mujer, de confianza como afirma Goethe, si mal no recuerdo.

ALBERTO.—Confianza, tratándose de una mujer y en semejantes casos .. es muy arriesgado Doctor...

DOCTOR.—Hay mujeres y mujeres...

ALBERTO.—No lo crea usted, Doctor. Existe un sólo género de mujer y tres especies. He tenido ocasión de estudiarlo durante mi juventud Recuerdo precisamente ahora una impresión que recibí y que demuestra mi afirmación. Viajaba entonces á bordo de un vapor y me hallaba al anochecer sentado en la mesa con otros compañeros. La señora encargada del restaurant se sentó frente de mi, y con lágrimas en los ojos nos explicó que su prometido había perecido en un naufragio. Después de las frases de consuelo naturales en semejantes casos, se me ocurrió pedir champagne. La buena señora vació la primera copa y después se enjugó los ojos. A la tercera copa

le estreché la mano y me correspondió con una sonrisa. Dos horas después la desconsolada mujer había olvidado á aquel novio tan adorado.

Doctor.—Una golondrina no hace verano...

Alberto.—Podré citarle infinidad de casos parecidos. En otra ocasión encontré en un balneario á una señora que paseaba siempre acompañada de sus hijos. Su marido tenía no sé que negocios en la capital, y ella veraneaba sin él. Se trataba de una señora muy piadosa, honrada, fiel, puritana hasta la exageración y que asiduamente me sermoneaba. No tenía para mi ningún atractivo y le diré á usted que casi me inspiraba repulsión, cosa que no impedía que me persiguiese constantemente con la escusa de prestarme libros. Dos semanas después de mi regreso hojeando uno de los libros que me había prestado, hallé entre sus hojas una declaración, algo tímida ciertamente, pero, declaración amorosa al fin, sin que yo le hubiese dado pié para ello.

Doctor.—Debía ser una intrigante vulgar.

Alberto.—No lo crea usted. Era una mujer sincera en su piedad, en su religión, en su honestidad, en su misma infidelidad. Era como todas: era una mujer. Lo peligroso en ellas es el instinto.

Doctor.—Debe usted abandonar esas ideas extravagantes, capitán. Dada su sobreexcitación nerviosa, estas preocupaciones le pueden ser muy perjudiciales para la salud.

Alberto.—No, doctor. Conozco mi enfermedad. Todas las calderas cuando el manómetro marca cien grados hacen explosión, pero los cien grados no son iguales en todas las calderas. ¿Comprende usted? En

fin, á usted toca curarme. Si yo no fuese un hombre estaría en mi derecho acusando ó quejándome y me sería muy fácil esplicarle las causas de mi estado. Pero por desgracia no me queda otro remedio que cruzarme de brazos y esperar... ó dejarme morir...

DOCTOR.—Si se halla usted verdaderamente enfermo, su dignidad de hombre no se rebajará por las confesiones que haga al médico. Además, antes de poder juzgar he de oir á la otra parte...

ALBERTO.—*(Exaltado)* ¿No le bastaría lo que yo pudiese decirle?... Basta, pues... Buenas noches, doctor.

DOCTOR.—Pero, Capitán... yo no he dicho...

ALBERTO.—He comprendido perfectamente lo que usted ha dicho. . Basta. . Buenas noches..

DOCTOR.—Pero cálmese usted...

ALBERTO.—Es inútil. Buenas noches... ¿Somos enemigos, verdad?...

DOCTOR.—Al contrario. Capitán. ¿Porqué no han de ser amigos los hombres?. .

ALBERTO.—Porque existe la muger, Doctor. Ya hemos hablado bastante. Buenas noches.

DOCTOR.—Buenas noches. *(Sale por la puerta del fondo.)*

ESCENA V

ALBERTO Y LAURA

ALBERTO.—*(Abriendo la puerta de la izquierda y sorprendiendo á Laura que escuchaba.)* ¡Entra! ¡Si; ya sospechaba que estabas oculta escuchando! No importa; tanto mejor. Es necesario que tengamos una franca explicación. *(Movimiento de impaciencia y turbación de Laura.)* No importa

que sea tarde. Siéntate. *(Después de una corta pausa.)* He ído á correos y he sabido que habías interceptado todas mis cartas. Ignoro tu propósito, pero debo decirte que no puedes imaginarte los perjuicios que me has causado.

LAURA.—He creído obrar bien, procurando evitar que abandonaras el servicio para ocuparte de otros asuntos.

ALBERTO.—¡Mientes! Sabías que mis trabajos científicos habían de producirme mucho más que el servicio. Lo que has hecho, lo has hecho por maldad, sí, por maldad no más, para oponerte á mi triunfo que podía eclipsarte... (*Pausa.*) He sorprendido además, algunas cartas dirigidas á tí. .

LAURA.—Has cometido una indignidad.

ALBERTO.—¡Una *locura* querrás decir! Aquellas cartas prueban que has propalado en todos los puntos que se debilitaban mis facultades mentales. Y has conseguido tu objeto porque ya me creen loco desde el coronel hasta la cocinera. Oyeme ahora: no estoy enfermo todavía. Mi inteligencia está sana, pero has infiltrado en ella el veneno de una sospecha horrible y siento que empiezan á turbarse mis ideas y que voy á enloquecer de veras... Apelo á tu egoismo ya que en tí no existe ningún sentimiento noble. Reflexiónalo bien. Mi locura es la ruína para todos vosotros. Si muriera cobraríais mi pensión, pero si en un acceso de locura me suicido quedareis sin recursos de ninguna clase.

LAURA.—*(Con cinismo.)* ¿Suicidarte? No crees lo que dices.

ALBERTO.—¿No me crees capaz? Un hombre desesperado, sin ambición y sin ideal, no puede vivir...

LAURA.—¿Te rindes, pues?...

ALBERTO.—Te propongo la paz.

LAURA —Es lo mismo ¿Las condiciones?

ALBERTO.—Que me devuelvas mi tranquilidad y mi confianza... Líbrame de mis sospechas y renuncio á la lucha.

LAURA.—¿Qué sospechas?

ALBERTO.—Las que se refieren al nacimiento de Berta.

LAURA.—¿Tienes acaso alguna duda?

ALBERTO.—La que has suscitado con tus pérfidas insinuaciones que no me dejan vivir ¡Líbrame de esta incertidumbre!... Confiesa que eres culpable... confiésalo y juro perdonarte...

LAURA —¿Quieres que me acuse de una falta que no he cometido.

ALBERTO.—Confiésalo francamente... Nadie ha de saberlo... ¿Crees que iré yo luego pregonándolo y pregonando mi deshonra? ¿Di?... ¡Contesta!

LAURA. — Es inútil. Si te digo: tus sospechas son infundadas, soy inocente, seguirás dudando y no lograré convencerte... En cambio si te dijese, soy culpable, me creerías al instante.., ¿Qué quieres, pues, que conteste?

ALBERTO.—Sí ó no...

LAURA.—*(Después de una pausa.)* Quisieras que me confesase culpable para poder arrojarme de esta casa y quedarte con la niña... ¡Conozco tu propósito!

ALBERTO.—¿Me crees capaz de tal infamia?

LAURA.—Sí...

ALBERTO.—Pero ¿no comprendes mi suplicio? ¿Qué es lo que te propones? ¿Qué pretendes? ¿Qué quieres? ¿Mandar á toda costa?

LAURA.—Sí... ¿Cual ha sido el motivo de la discordia entre nosotros?

ALBERTO.—¡Berta!... Era mi única ilusión, mi porvenir Sin ella no tiene ningún objeto mi vida...

LAURA.—¿Porqué no nos separamos á tiempo?

ALBERTO.—Berta era el único lazo de unión entre nosotros y se ha convertido en cadena. *(Abstraído.)* ¡Con cuanta claridad percibo ahora toda nuestra vida! Los dos años primeros de nuestro matrimonio sin haber tenido hijos... Un día enfermé gravemente... y casi en la agonía oí que discutías con el notario. ¡Vivía aún y ya tratabais de de mi sucesión! Recuerdo perfectamente que él te decía que no teniendo hijos no podías alegar ningún derecho á mi herencia. No recuerdo más. Después recobré la salud y mas tarde nació Berta. ¿Quien es su padre?

LAURA.—Tú.

ALBERTO.—No... No quieres confesar tu crimen.. *(Con desesperación y llorando).* ¡Y pensar que he trabajado como un condenado toda la vida para tí; para tu hija, para todos vosotros; he destruído mi carrera, mi porvenir, mis ilusiones todas; he sufrido toda clase de tormentos, de fatigas y de insomnios; he agotado mis fuerzas y mi juventud para que tu vivieras tranquila y dichosa, viéndote revivir en tu hija! ¡Y todo lo he sufrido sin una queja, sin remordimiento, creyendo que Berta era mi hija! Me condenaste á diez y siete años de trabajos forzados. ¿Y que te hecho yo para hacerme sufrir de esta manera?...

LAURA.—Estás enfermo .. Tienes fiebre y deliras... Estás loco.

ALBERTO.—Sí. . Esa es tu esperanza... Verme enloquecer de desesperación... ¿Quieres atormentarme hasta que muera? ¿Que

te he hecho yo para que me odies así? No has comprendido mis sacrificios, ni mi cariño. Nunca he podido conocer tus secretos ni tus remordimientos... Hace pocos días, la víspera del santo de Berta, mientras dormías gritaste... con voz angustiosa... ¡Dejadme, dejadme!... ó lo confieso todo!... Percibí las palabras con toda claritud y nada quise preguntarte, prefiriendo una felicidad imaginaria, basada en la mentira, á la verdad horrible que destruye la vida.. ¿Por qué, pues, me atormentas de este modo?

LAURA.—Tú eres quien se atormenta en vano. ¿Quieres que jure que tu eres el padre de Berta?

ALBERTO.—¿De que servirían tus juramentos? Tu misma has dicho que una madre puede llegar hasta el perjurio para conservar á su lado á su hija No, no es eso lo que quiero... Te pido solo que me salves, te lo pido como un condenado que pide gracia, te lo pido de rodillas...Confiesa que eres culpable... ¿No ves mi abatimiento, no ves mi tortura, no ves mi desesperación, no ves que estoy llorando?... Tén piedad de mí, la que tendrías para un extraño, para un enfermo cualquiera... ¡Es piedad, es misericordia lo que te pido!...

LAURA.—*(Acercandose á él.)* ¿Lloras?... ¡Un hombre!

ALBERTO.—*(Sollozando.)* Sí, lloro... ¿Qué más quieres de mí?...

LAURA.—Llora, ¡pobre niño! Llora como el día en que penetré en tu existencia ejerciendo de madre para tí... Eras también entonces un hombre, pero un hombre débil que se doblegaba á todos mis mandatos.

ALBERTO.—Sí, es verdad. Nací débil de voluntad como la última rama de un árbol moribundo Buscaba en tí la fuerza que me faltaba. Hacía temblar á los soldados, y en cuanto estaba á tu lado me convertia en un niño dócil que te contemplaba como á un ser superior.

LAURA.—Y yo te quería como á un niño grande, como á un hijo... Pero tus sentimientos cambiaron, y al verte enamorado sentí vergüenza de tus caricias porque me parecían las de un hijo que ejercía de amante. Nuestro matrimonio me parecía un incesto.

ALBERTO.—Algo de ello comprendí sin explicarmelo por completo y sintiendo tu menosprecio quise vencerlo.

LAURA —Este fué tu error... Como madre era tu amiga; pero como mujer te consideré enemigo. El amor es una lucha, y yo he vencido en ella por ser más fuerte.

ALBERTO.—Tu voluntad ha imperado siempre, y al sentirme envilecido y querer rehabilitarme con los estudios científicos ¿quién sino tú me ha cortado las alas cuando iba á alcanzar el fruto de todos mis trabajos y de todos mis desvelos? ¿Qué más quieres?.. Mi vida es imposible... No puedo soportarla...

LAURA.—¿De quién es la culpa?

ALBERTO.—De nuestro matrimonio. De esos enlaces modernos en que la razón destruye el amor. No hay en ellos marido ni mujer, sino accionistas de una empresa social que se juntan á veces contra naturaleza.

LAURA.—¿Has terminado?

ALBERTO.—Una palabra no más. Me odias ¿verdad?

LAURA.—Cuando te presentes ante mí como hombre y quieres ser fuerte: si.

ALBERTO.—Se trata, pues, de un odio instintivo, de una lucha de casta.

LAURA.—Sí.

ALBERTO.—¿Lucha en la cual debe sucumbir uno de los dos?

LAURA.—¿Cuál?

ALBERTO.—El más débil.

LAURA.—¿Y tendrá la razón el más fuerte?

ALBERTO.—Si, porque tendrá el poder de proclamar el derecho.

LAURA.—Soy yo, pues, quien tiene razón.

ALBERTO.—¿Crees ser la más fuerte?

LAURA.—Sí. porque tengo el poder y mañana te nombraré un curador.

ALBERTO.—¡Un curador!..

LAURA.—*(Triunfante)* Si. Y educaré á mi hija según mis ideas y sin estar obligada á escuchar tus divagaciones.

ALBERTO.—*(Amenazador.)* Lo que dices es imposible. No posees bienes de fortuna.

LAURA.—Tengo los tuyos. Tu paga. He tomado todas las precauciones y te declararán incapacitado... por loco...

ALBERTO.—No podrás lograrlo...

LAURA.—Lo he logrado ya por medio de la carta que dirijiste al doctor Bralt en la cual tu mismo te declaras loco...

ALBERTO.—(*Atónito y vacilando*). ¡Como!

LÁURA.—Haz ahora lo que te acomode. Ve á donde quieras. Quisiste luchar conmigo y has sido vencido porque soy más fuerte.

(*Sale Laura de espaldas y con precaución por la izquierda. El capitán coge la lámpara y la tira contra su mujer al mismo tiempo que esta desaparece. La lámpara queda rota en el suelo.*)

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior. Anochece. La acción se desarrolla al día siguiente del de los actos anteriores. Encima de la mesa una lámpara que sustituye á la que ha roto el capitán.

ESCENA PRIMERA

LAURA, MARGARITA, y luego PEDRO

LAURA.—¿Te ha dado las llaves?

MARGARITA.—No, señora. Cuando el asistente se ha llevado la ropa del capitán para cepillarla, las he cogido del bolsillo.

LAURA.—¿Está Pedro de servicio?

MARGARITA.—Sí, señora.

LAURA.—Dame las llaves. *(Margarita se las entrega y Laura se dirige hacia el* secretaire.)

MARGARITA.—*(Al ver la acción de Laura.)* Eso es un abuso, señora... ¿Oye usted? ¿Oye usted como pasea á grandes pasos por su habitación?

LAURA.—¿Está bien cerrada la puerta?

MARGARITA.—Está cerrada con llave, y Pedro está apostado guardándola.

LAURA.—*(Abriendo el* secretaire*)* No temas nada, Margarita. No es hora de emocionarse, sino de obrar friamente para salvarnos todos. *(Llaman á la puerta)*

LAURA.—¿Quién llama?

MARGARITA.—*(Abriendo la puerta del fondo)* Es el asistente.

LAURA.—¿Qué hay?
PEDRO.—*(Entrando)* Un telegrama del coronel.
LAURA.—*(Lo lee)* Está bien. *(Pedro se dirige hácia la puerta)* ¡Aguarda!
PEDRO.—*(Deteniéndose.)* ¿Qué ocurre?
LAURA.—¿Has quitado los cartuchos del fusil y de los revólvers?
PEDRO.—Sí, señora.
LAURA.—Bien. Aguarda fuera. Voy á contestar al coronel *(Sale Pedro. Laura escribe. Fuera se oye ruido durante toda esta escena.)*
MARGARITA.—No oye usted, señorita? *(Se oye el ruido de una sierra* ¿Qué estará haciendo?
LAURA.—¡Cállate!
MARGARITA.—¡Dios mío!... ¡Dios mío!
LAURA.—*(Entregando una carta á Margarita)* Toma. Dásela al asistente. Y que mamá no se entere de nada de lo que ocurre...
MARGARITA.— Bien, señorita... *(Sale. Laura queda revolviendo los cajones del* secretaire.)

ESCENA II.

LAURA y el PASTOR

PASTOR.—¡Hola! ¿Cómo estás?...
LAURA,—Bien.
PASTOR.—He estado fuera todo el día y ahora al llegar acabo de enterarme de lo que ha ocurrido.
LAURA.—¡Qué momentos tan terribles hermano mío!
PASTOR.—¡Por fortuna no te ha pasado nada!
LAURA —Á Dios gracias. Pero calcula lo que podía suceder.
PASTOR.—Cuéntame, cuéntame con todos los detalles lo ocurrido. Como ha empezado.
LAURA.—En dos palabras está explicado... Comenzó por una serie de divagaciones interminables acerca del título y de la cali-

dad de padre y acabó arrojándome la lámpara á la cabeza.

PASTOR.—Es monstruoso... Se trata de un verdadero ataque de locura... ¿Y qué hacer ahora?

LAURA.—Primero evitar á toda costa que realice otro acto de violencia. El doctor ha dicho que traería una camisa de fuerza. Yo he prevenido al coronel y aguardo su contestación. Entretanto me ocupaba ahora de la cuestión de dinero que andaba muy descuidada...

PASTOR.—No me sorprende lo que ha ocurrido... (*Fijándose en los objetos qne revuelve Laura del* secretaire, ¿Qué es eso?

LAURA.—¡Qué se yo...! Tiene la manía de guardarlo todo.

PASTOR.—Tu muñeca y tu gorrita de bautizo; el sonajero de Berta; tus cartas... A mí nunca se me ha ocurrido guardar esas tonterías... ¡Te ha querido mucho!...

LAURA.—Es verdad; pero ¡cómo ha cambiado!

PASTOR.—¿Y esto, qué es? Ah, si. El título de propiedad del panteon de familia. *(Reflexionando)* El panteon ó el manicomio: lo mismo dá... Di Laura ¿no te acusa de algo la conciencia?

LAURA.—¿A mí?

PASTOR.—De algo insignificante sin duda.

LAURA.—¿Qué quieres decir?

PASTOR.—No te alarmes, que no he de ejercer de delator. Pero se me antoja, que apropósito de la educación de Berta, no debe haberte contrariado mucho lo que acaba de ocurrir.

LAURA.—¿Puedes suponer..,?

PASTOR.—De modo que casi de improviso me convierto yo ahora en curador del capitán y tu en tutora de Berta.

LAURA.—¡Parece mentira que tengas el mal gusto de tomar á chacota cosas tan serias!

PASTOR.—Tú en cambio ¡qué fuerte y valerosa éres en estos trances supremos!

LAURA.—*(Se dirige á la puerta, pasando por delante del Pastor.)* ¡Cállate imbécil!

PASTOR.—¡Hay que convenir en que eres muy hábil...! Se trata solo de un modesto asesisinato, bien preparado, sin derramamiento de sangre y sin que deje rastro ninguno.

LAURA.—¿Vas á convertirte ahora en mi acusador?

PASTOR.—Nada de eso. Quizás por mi calidad de hombre me regocijaría que te condenasen, pero como hermano y sacerdote, he de felicitarte. (*Nuevamente se oye el ruido de una sierra.*) ¡Oye lo bien que maneja la sierra...! Ten cuidado, Laura. ¡Si te escapase!...

LAURA.—*(Con inquietud)*. ¿Qué?

PASTOR.—Daría cuenta de tí.

LAURA.—*(Acercándose con viveza á la panoplia, como para ponerse en actitud de defensa)*. Están descargadas... Todas descargadas... Por fin llega el doctor...

ESCENA III.

Los mismos y el DOCTOR

LAURA.—*(Dirigiéndose hácia el Doctor.)* Buenos días, querido doctor... ¿Se habrá usted convencido?

DOCTOR.—Perdone usted, señora. Estoy convencido de que el capitán ha realizado un acto de violencia contra usted. Solo falta averiguar si fué una acción conciente ó un acceso de locura. Usted puede guiarnos para resolver la cuestión.

LAURA.—¡No sé que contestar!

PASTOR.—(*Sentado en el sofá.*) Haciendo abstracción del hecho que nos ocupa ..

DOCTOR.—No podemos andarnos con abstraciones, señor Pastor. Se impone la realidad brutal...

PASTOR.—El capitán tenía ideas fijas...

DOCTOR.—Más fijas que las de usted, señor Pastor, es imposible.. Pero ciñámonos al hecho. El capitán ha atentado contra usted señora.Ahora le toca á usted decir si quiere que su marido sea condenado temporalmente ó recluido como loco en un manicomio? Resuelva, según convenga á sus intereses.

LAURA.—*(Pensativa)*. La reclusión temporal no evita que pueda repetir los actos de violencia.

DOCTOR.—Cuando recobre la libertad puede reincidir. . A ustedes toca tomar una decisión.

(*Laura y el Pastor hablan un instante en voz baja).*

PASTOR —En nombre de Dios, hágase justicia.

LAURA.—Un instante, doctor. Aún no ha dicho usted nada concreto sobre el enfermo.

DOCTOR.—Para mí el capitan no es un culpable sino un enfermo. Loco ó cuerdo, se impone la circunspección, y creo lo más prudente que se le coloque en condiciones que no pueda repetir actos de violencia. ¿Está en casa la nodriza?...

LAURA.—¿Necesita usted algo?

DOCTOR —Quisiera que ella, después que yo le haya dado las indicaciones oportunas, colocase la camisa de fuerza al enfermo. He traido el aparato *(Sale un instante y entra de nuevo llevando un paquete voluminoso)*. ¿Me hace usted el favor de llamarla? *(Laura toca el timbre)*.

PASTOR.—¡Es terrible caer en vuestras manos!

ESCENA IV.

Los mismos y MARGARITA

DOCTOR.—*(Mostrando la camisa de fuerza)*. ¡Ahí la tienen ustedes *(Todos la miran con atención. El Doctor á Margarita)*. Fíjese bien, Margarita, en lo que voy á decirle. Cuando yo lo juzgaré necesario, usted, vestirá con esto al capitán. Las mangas son largas para que atadas á la espalda puedan paralizar los movimientos cuando le dé un acceso. Estas dos correas las fijará usted, por medio de las argollas, al respaldo de una silla ó de un sofá. ¿Ha comprendido?

MARGARITA —Sí; pero yo no puedo, señor...

LAURA.—¿Por qué no se encarga usted de ello, doctor?

DOCTOR.—Temo que desconfie de mí. Si no sospechara de usted señora le rogaria que lo intentase. *(Laura hace un visage que revela contrariedad)*. Quizá usted, señor Pastor..

PASTOR.—¡No; muchas gracias!

ESCENA V.

Los mismos y PEDRO.

LAURA.—¿Has mandado el telegrama?

PEDRO —Sí, señora.

DOCTOR.—Pedro podrá ayudarnos. ¿Ya sabes que el capitán se ha vuelto loco? Y por este motivo necesitamos de ti para una operación indispensable.

PEDRO.—Estoy á sus órdenes, señor doctor.

DOCTOR.—Se trata de ponerle esta camisa...

MARGARITA.—¡Oh, no; él no! Pedro le haría daño. Yo se la pondré, y mientras Pedro

puede estar preparado detrás de la puerta para ayudarme, si es preciso.

(*Llaman en la puerta escusada de la derecha.*)

DOCTOR.—¡Es él! Escondamos la camisa bajo este chal, y déjennos al pastor y á mí. ¡Aprisa! ¡La puerta está á punto de ceder!

MARGARITA.—Nada se pierde si no está de Dios que se pierda. (*Laura cierra el* secretaire *y sale por la derecha, mientras Pedro sale por la puerta del foro.*)

ESCENA VI.

El PASTOR, el DOCTOR y ALBERTO

(*La puerta escusada de la derecha se abre bruscamente, saltando la cerradura y lanzando en el centro del salón la silla que estaba junto á ella.*)

ALBERTO.—(*Entra cargado de libros, la sierra en la mano, en mangas de camisa, con los cabellos erizados y la cara descompuesta.*) ¡Vean ustedes! ¡vean! ¡Ahí está! ¡No estoy loco, no! Telemaco lo dice en el canto primero de la Odisea, cuando se dirige en estos términos á Minerva: «Mí madre pretende que Ulises es mi padre, pero ¿puedo yo asegurarlo, cuando nadie conoce su propio origen?» ¡Y al atreverse Telemaco á expresarse de esta suerte, sospechaba de Penélope, la más virtuosa de las mujeres! Y Ezequiel escribe: «Un necio dirá. «¡Ese es mi padre!» Pero no podrá precisar quien le ha engendrado!» ¡No puede ser más claro! Vean lo que dice este libro, la «Historia de la literatura rusa» escrita por Merslekow... Oigan: «Al más eminente de los poetas rusos, á Alejandro Pouschine le atormenta más el rumor de que su mujer le ha sido infiel que la herida causada por una bala

que recibió en un duelo. En su agonía jura que su esposa es inocente. ¡Imbécil! ¡Jurar sobre la inocencia de una mujer! ¡Hé aquí lo que dicen mis libros! Pero me he convencido de que no hay como no dudar para ser feliz, muy feliz. Así se comprende que sea yo tan desgraciado.

DOCTOR.—¡Capitán!

ALBERTO.—Cállese usted ó hable con mi curador. ¡Oh, Juan es un delicioso curador! Oye Juan, ¿estás seguro de ser el padre de tus hijos?

PASTOR.—¡Alberto!

ALBERTO.—¿Recuerdas al joven preceptor que alojaste en tu casa durante el pasado otoño? Era un arrogante muchacho ¿no es cierto? Pues bien, si uno diese crédito á las habladurias... ¡Por Dios, no te pongas pálido... Y cuanto á usted, doctor, ¿que hay de cierto en lo de aquel hermano adulterino que se llamaba...? *(Habla en voz baja, junto á la oreja del doctor)* Ha cambiado de color. ¡Lo ven ustedes! Pero no hay que enfadarse porque en este bajo mundo las cosas se desarrollan de esta suerte...

DOCTOR.— *(Molestado)*. ¡Hablemos de otra cosa!

ALBERTO.—¡No le gusta el tema! ¡Pues á mi sí!

PASTOR.—¡Pero tu estás loco!

ALBERTO.—¡Ya lo sé! Pero ¿cómo ha venido la locura?... ¡Ah!... *(Se sienta cerca el velador)*. Después de todo, eso no debe importarles á ustedes. ¡Hablemos de otra cosa! *(Toma el Album de fotografías que está sobre la mesa y le hojea)*. ¡Ah! ¡Piedad hija mía! ¿Hija mia? ¡Esto es lo que ignoro! Saben ustedes lo que debiera hacerse. Casarse, divorciarse y después adoptar á los hijos. Así tendríamos al menos la se-

guridad de ser el padre adoptivo. No obstante ¿de qué me serviría ahora la combinación si soy un hombre perdido? Que me dejen morir en paz. He dejado de existir. *(El Doctor habla bajo al Pastor. Ambos salen después por la izquierda).*

ESCENA VII

ALBERTO, (hundido en la butaca). Después BERTA y luego MARGARITA.

BERTA.—¿Estás enfermo, papá?

ALBERTO.—¿Yo?

BERTA.—¿No recuerdas que ayer tiraste la lámpara á la cabeza de mamá?

ALBERTO.—¿Yo?

BERTA.—¡Sí, tú! Podías hacerle mucho daño.

ALBERTO.—¡Bueno! ¿Y qué?

BERTA.—¡Oh! ¡Si hablas asi no eres mi padre!

ALBERTO.—¿Has dicho que yo no soy tu padre? .. ¿Quién te lo ha dicho? ¿Pues quién es tu padre, quién?...

BERTA.—No eres tú.

ALBERTO.—¿Qué no soy yo? ¿Pues quién? Dí ¿quién? ¿Quién te ha revelado el secreto? ¡Ya comprenderás que hablando así ultrajas á tu madre!

BERTA.—¡No hables mal de mamá!

ALBERTO.—¿Por qué no, si es verdad?

BERTA.—¡Oh, papá!

ALBERTO.—Es una santa... inmaculada ., inviolable... ¿Estás contenta?

BERTA.—¿Papá?

ALBERTO.—¡Ven hija mía! ¿Crees tú que eres mi hija querida? No puede ser de otro modo. Con seguridad que es así. Lo demás solo eran ideas malsanas, de esas ideas que atraviesan el cerebro y desaparecen como la peste. Mírame bien para que pueda ver

como mi alma se refleja en tus ojos. ¡Ah, veo también la suya! ¡Con la una me amas, con la otra me odias! ¡Ah, si pudiera lograr que me amases á mi solamente! ¡Entonces no tendrías más que una alma, un pensamiento y una voluntad: la mía!

BERTA.—¡Yo no quiero!

ALBERTO.—¡Pues yo sí! ¡No sabes que soy canibal y que debo devorarte! *(Se levanta.)* Tu madre quiso devorarme, pero no pudo conseguirlo. Yo soy Saturno que devoró á sus hijos porque le predijeron que ellos le devorarían. ¿Devorar ó ser devorado? ¡El problema eterno! Pero no temas, no, que no he de ocasionarte ningún daño. *(La obliga á sentarse en el sofá mientras él se acerca á la panoplia para tomar un revólver.)*

BERTA.—¡Mamá! ¡Socorro! ¡Me quiere matar...!

MARGARITA.—*(Entra.)* ¿Qué ocurre, señor?

ALBERTO.—*(Persiguiendo á Berta.)* ¿Has quitado las capsulas?

MARGARITA.—Sí; pero tranquilisece usted que yo iré á buscarlas.

(Berta sale por la izquierda).

ESCENA VIII

ALBERTO y MARGARITA. (En cuanto Berta ha salido, Margarita ha cogido por el brazo al capitán y le ha obligado á sentarse, colocándose ella detrás de la silla, junto á la camisa de fuerza.)

MARGARITA.—Señor, ¿no recuerda aquellos tiempos felices de la niñez? Entonces, mientras yo le arreglaba las ropas de la camita, usted recitaba sus oraciones. ¿No recuerda con que cuidado me levantaba por la noche para aplacar su sed ó le con-

taba historias de hadas para adormecerle tranquilamente? ¿Se acuerda usted?

ALBERTO.—Habla viejecita mía, habla; tu voz es dulce. Habla Margarita...

MARGARITA.—Una vez mi niño se había apoderado de una hacha para cortar leña y tuve que recurrir á la astucia para quitársela Era tan voluntarioso que fué necesario el engaño—«Dame la serpiente (le grité), te va á morder, hermoso». *(Coge el revolver de manos del capitán)* Así logré que dejase inmediatamente el hacha Otro día que no queria vestirse no tuve más remedio que prometerle, si se decidía á ser bueno, un vestido de Principe con bordados de oro y piedras preciosas Recuerda que le puse su chalequito de lana grís. «Ya está»—grité—en cuanto se lo hube ajustado al pecho. *(Margarita ha puesto la camisa de fuerza al capitán sin que éste lo note)*. Y después le dije: «Levántate, rico mio, para ver si te sienta bien el chaleco». *(Le conduce al sofá)*. Y por fin pude exclamar: «Acuéstate.»

ALBERTO.—*(Saliendo de su abstracción)*. ¿Que díces? ¡Ir á acostarse después de haberse vestido!... ¡Ah! ¡Maldita seas! *(Intenta desembarazarse)*. ¡Mujer infernal! ¡Nunca hubiese creido que fueses tan inteligente...! *(Se acuesta en el sofá)*. ¡Engañado, aprisionado!

MARGARITA.—Perdóneme usted, señor, pero yo debia salvar á Berta.

ALBERTO.—¿Porqué has impedido que la matase? La vida es un infierno, y los chiquillos deben ser para el cielo.

MARGARITA.—¡Dios mio! ¿Yqué sabe usted del cielo?

ALBERTO.—Sólo sé que es la Nada.

MARGARITA.—Implore usted la misericordia divina...

ALBERTO.—¡Ah! ¡Tu olfateas el cadaver, como los cuervos! *(Margarita saca su libro de oraciones. El capitán grita).* Pedro, ¿estás ahí? *(Entra Pedro).*

ESCENA IX

Los mismos y PEDRO.

ALBERTO.—¡Echa fuera á esta mujer! Quiere hacer de mí un apóstata. Echala por la ventana, ó por dónde quieras, con tal que desaparezca pronto de mí vista.

PEDRO.—No puedo, mi capitán. ¡Si se tratase de tres hombres me atrevia con ellos... pero con una mujer!...

ALBERTO.—¿Le tienes miedo?

PEDRO.—No es por eso, mi capitán, sino por aquello que dicen que no debemos poner la mano sobre una mujer.

ALBERTO.—¿Acaso no ha puesto ella la mano sobre mí?

PEDRO.—¡Es cierto, pero yo no puedo! Es lo mismo que si me dijera usted que pegase al señor Pastor. Como parece que está impregnado de cierta santidad... tampoco podría obedecer su mandato. (*Vase*)

ESCENA X

ALBERTO LAURA y MARGARITA

ALBERTO.—¡Onfala! ¡Onfala! Mientras logras que Hércules hile tus lanas tu juegas con la maza.

LAURA.—Alberto. ¿Crees todavía que soy tu enemigo?

ALBERTO.—Sí... Todos me habéis tratado como enemigo. Mi madre, que dejó que me

estropearan para evitar los dolores del parto; mi nodriza, que me inyectó sangre de mujer en las venas; mi hermana que me enseñó á sufrir sus caprichos; la primera mujer que conocí, que me regaló diez años de enfermedad á cambio de las primicias de mi corazón; mi hija que reniega de mí, y tú, mi mujer, que me empujas hacia la tumba.

LAURA.—Es posible que haya tenido un vago deseo de desembarazarme de tí, como de un estorbo. Nunca he meditado sobre los acontecimientos que se han realizado en el curso de tu vida. Sentía el peso de tu existencia sobre mi pecho como el de una piedra enorme que me privaba la respiración: he hecho un sacudimiento y la piedra ha caído Si has sido aplastado, te pido que me perdones, pero no tengo ningún remordimiento porque soy inocente de este accidente en presencia de Dios y ante mi conciencia.

ALBERTO.—Pero ¿puede asegurarse que los otros asesinos sean más culpables que tú? Es indudable que ahora han descubierto un exquisito vocablo para encubrir los asesinatos: la palabra inconscientemente. ¡Notadlo bien, asesinos!... ¡Tengo frío, un frío horrible!.. *(Laura le cubre con un chal. Margarita va en busca de una almohada.)* Siento en mis labios la caricia de tu chal que es tan suave eomo tus brazos Exhala el mismo perfume que exhalaban tus cabellos cuando paseábamos por el bosque y nos jurábamos amor arrullados por el canto de los pájaros. ¡Qué bella era la vida entonces! ¡Qué lúgubre ahora! ¡Quién la ha transformado asi!

LAURA.—¡Dios!

ALBERTO.—¡Dios!... *(Haciendo un sacudimiento.)* Quítame esta bestia que me oprime. *(Margarita quita el chal.)* Tráeme mi capote .. Quiero morir con mi ropa de soldado... Cúbreme con ella. *(Margarita coge el capote y cubre con él las piernas del capitán.)* ¡Onfala! ¡Onfala! La pérfida debilidad ha vencido á la fuerza. Los pequeños dominan á los grandes. Malditas las mujeres malditas. sean. *(Intenta levantarse pero cae al instante.)* ¡Qué dura y fria es la almohada que me has dado Margarita! ¡Siéntate junto á mí! ¡Así! ¿Puedo poner mi ca beza sobre tus rodillas? Inclínate para que, pueda sentir el latido de tu seno. ¡Es tan dulce poder dormir sobre el seno de una mujer, madre ó amante!

LAURA —¿Quieres ver á tu hija?

ALBERTO.—El hombre no deja hijos: solo las mujeres los tienen y por esto el porvenir es suyo. ¡Méceme, Margarita, estoy tan cansado! ¡Buenas noches y que seas bendita entre todas las mujeres! (*Se levanta, pero cae al instante sobre las rodillas de Margarita.)*

ESCENA ÚLTIMA

Los mismos, el DOCTOR, el PASTOR, PEDRO y el ORDENANZA.

LAURA.—Ayúdenos, doctor, si es que llega usted aún á tiempo.

DOCTOR. — (*Examinando al capitán*) Señora, no hay que perder minuto. El capitán no puede permanecer más aquí. ¿Quiere usted llamar á Pedro y al ordenanza? *(Laura sale un instante y después vuelve á aparecer seguida de Pedro y el Ordenanza.)*

MARGARITA.—¿Es un caso perdido?
PASTOR.—Dios puede aún iluminar su razón.
DOCTOR.—¡Un milagro! ¡Ya no se dan milagros, señor Pastor. Fuera de nosotros y á pesar nuestro se realizan nuestros destinos.
LAURA.—¿No tiene usted más que decir?
DOCTOR.—¡Nada más, señora! ¡Que hable quien sepa más que yo!
MARGARITA.—(*Mientras el Doctor habla en voz baja con él el Ordenanza y con Pedro, detrás del sofá, Margarita dice al Pastor.*) Le ha dado usted la bendición.
PASTOR.—He cumplido con mi deber.
LAURA —¡Gracias!
DOCTOR.—(*Dirigiéndose á los hombres que rodean al capitán y Margarita.*) Ayudadle con cuidado.. así. (*El capitán está de pie y se deja conducir como un chiquillo. Por la puerta de la izquierda aparece Berta.*) Pasad... Ya os diré dónde tenéis que conducirle. (*El grupo formado por el capitán y sus ordenanzas se dirige lentamente hacia la puerta del fondo, seguido de Margarita y del Doctor. Berta, asustada. se ha dirigido á la ventana. Abismada en sus pensamiento, inconsciente, sigue Laura con la mirada la salida de su marido. Después para los ojos en el sofá en que estaba sentado el capitán. El Pastor, Laura y Berta quedan absortos en escena. Pausa larga.*)
BERTA.—(*Tomando la mano temblorosa de su madre.*) ¿Dónde le llevan mamá?
LAURA.—(*Apretándola contra su seno y escondiendo la cara.*) ¡Hija mia!
PASTOR.—¡Amén!

TELON



ección de las mejores obras dramáticas

á 1 peseta el tomo

I—**Ibsen.**—*Halvard Solness.*

I— » —*Hedda Gabler.*

I— » —*Los puntales de la Sociedad.*

7— » —*Un enemigo del pueblo.*

7—**Strindberg.**—*La señorita Julia.*

I—**Shakespeare.**—*Hamlet.*

I—**Ibsen.**—*Casa de muñeca.*

I— » —*La unión de los jóvenes.*

{—**Balzac.**—*Lucha eterna.*

X—**Ibsen.**—*Brand.*
XI— » —*El pato silvestre.*
XII—**Sudermann.**—*El Honor.*
XIII—**Shakespeare.**—*Otelo.*
XIV—**Ibsen.**—*Espectros.*
XV—**Shakespeare.**—*La fierecilla domada.*
XVI—**Marlowe.**—*Fausto.*
XVII—**Pagano.**—*Mas allá de la vida.*
XVIII—**Maeterlinck.**—*La intrusa.—Los ciegos*
—Inte
XIX—**Pagano.**—*El dominador.*
XX—**T. de Molina.**—*D. Gil de las calzas ver*
XXI— » —*El vergonzoso en palacio*
XXII— » —*La Villana de Vallecas.*
XXIII—**Hauptmann.**—*Almas solitarias.*
XXIV—**Moliere-Moratín.**—*El si de las niñas.-*
médico á pa
XXV—**Calderón.**—*La vida es sueño.*
XXVI—**Ibsen.**—*La dama del mar.*
XXVII—**Dumas.**—*La dama de las camelias.*
XXVIII—**Ibsen.**—*Rosmersholm.*
XXIX— » —*El niño Eyolf.*
XXX—**Strindberg.**—*Padre.*

TEATRO ANTIGUO Y MODER

Colección de las mejores obras dramáticas

Ibsen.—HALVARD SOLNESS.
» —HEDDA GABLER.
» —LOS PUNTALES DE LA SOCIEDAD.
» —UN ENEMIGO DEL PUEBLO.
» —CASA DE MUÑECA.
» —LA UNIÓN DE LOS JÓVENES.
» —BRAND.
» —EL PATO SILVESTRE.
» —ESPECTROS.
» —LA DAMA DEL MAR.
» —ROSMERSHOLM.
» —EL NIÑO EYOLF
Shakespeare.—HAMLET.
» —OTELO.
» —LA FIERECILLA DOMADA.
Balzac.—LUCHA ETERNA.
Strindberg.—LA SEÑORITA JULIA.
Strindberg. — PADRE.
Sudermann.—EL HONOR.
Marlowe.—FAUSTO.
Pagano.—MÁS ALLÁ DE LA
» EL DOMINADOR.
Maeterlinck.—LA INTRUSA.— CIEGOS.—INTE
T. de Molina—D. GIL DE LA CALZAS V
» EL VERGONZO PA
» LA VILLANA VAL
Moratín.—EL SÍ DE LAS NIÑAS
» MÉDICO A
Hauptmann.—ALMAS SOLIT
Calderón.—LA VIDA ES SUEÑ
Dumas.—LA DAMA DE LAS CAME

OCASION. - Precios escepcionales

BRUNET Y BELLET. — *El ajedrez:* 1 tomo 462 páginas con grabados; publicado pesetas; se dá por **5 pesetas.**

ALARCON.—Teatro. *La ve sospechosa—Las paredes oy Los favores del mundo—Mu se por mejorarse.*—**1'50 p**

